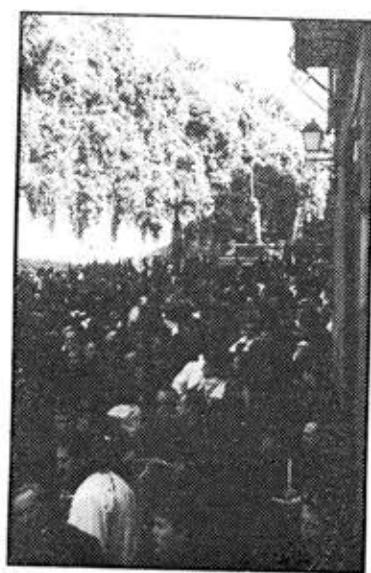


## TURBAS '92



En la fotografía de la izquierda, los romanos se ocupan de la seguridad en el desarrollo de las Turbas. En la parte superior, la fotografía muestra la bajada de los pasos camino de la iglesia de El Salvador.

## Cada año debemos mejorar, sobre todo organización y puntualidad

"La Carrera" dio comienzo a las 6:00 (en punto), los nervios afloraban en estos momentos al máximo, tras oír los golpes de apertura del pontón (sabiendo lo que detrás había). El Jesús se mueve, nos vamos.

El primer golpe que nos encontramos fue el terrible frío que hacía, que no nos abandonaría hasta bien entrado el día la bajada del Salvador fue de las mejores, ya que apenas hubo algún incidente.

La primera parada fue dedicada a Botes, por su reciente fallecimiento. Reanudamos la marcha, seguimos bajando hasta la Puerta Valencia, empujando y empujados avanzábamos lentamente hasta llegar a la futura calle de las Torres.

A la cabeza del Jesús, observamos ya, a los primeros "fichajes" que no nos abandonarían durante todo el recorrido.

Llegamos a las proximidades de Aguirre. Empezamos a retrasarnos, la Turba no quiere avanzar lo que cronológicamente debería.

Al llegar al jardinillo de San Francisco, según dobla el Jesús es fácil observar la cara de emoción de los verdaderos Turbos, esos que colaboran con su esfuerzo para que el Jesús avance sin demora. Los clarines se agrupan en sus puestos "A la que asome". Con la cara morada y

los ojos fuera de sus cuencas y guadalajaras, ensimismados como preguntando al Padre por el abandono de su Hijo. Se nota una gran mejoría en la organización de grupos de clarines: "Enhorabuena".

Tras la cerrada curva, enfilamos hacia Carretería —uno de los momentos más tranquilos— donde aprovechamos para tomar un refrigerio y reponer fuerzas.

Seguimos camino del Calvario, el retraso iba en aumento, la Turba se va alargando y desmembrando. "Aquí falta algo que coordine tal desajuste".

Todavía la cosa estaba tranquila. Los nazarenos de seguridad reponen fuerzas, los romanos a los lados bien formados, los banceros frescos y los hermanos de filas en no muy abundante número pero ordenadamente. Llegamos a la Trinidad donde empieza la subida.

Comentando con Javier (jefe de romanos) — Empieza lo peor

— Empieza lo peor

— Tranquilo

— Sí, pero no hay más remedio que tirar

— Adelante...

Era increíble, por muchos que fuéramos tirando, siempre éramos pocos ante esa barrera humana.

El ambiente se calentaba y

empezaban los primeros roces y las incansables frases:

— "A mí no me empujes, porque yo soy..."

— "A mí no me toques porque yo soy más que tú..."

— "Yo tengo derecho a..."

¡Qué pena!

Y esto va por los que dicen que son..., y no lo demuestran.

Ya iniciada la subida y con pies y brazos cansados, subimos hasta la Audiencia, donde se dan una de las mejores "clarinás"

— ¡Cómo echo de menos mi clarín!

El sol empieza a cegarnos, y el calor y la túnica se notaban. Un pequeño incidente tuvo lugar a esta altura; encontrándonos en un momento más o menos tranquilo, Pedro, Javier, y yo (al lado del Pendón) un turbo (cuyo nombre no recuerdo y prefiero no saber) se abalanzó contra nosotros golpeando a Javier con el clarín en la cabeza:

1.- Es una vergüenza tener que ver eso.

2.- No hay motivo ni justificación posible, por fuerte que haya sido ese mosqueo, mirada o palabra mal interpretada, para cometer tal acto, y ofrecer esa horrible imagen al pueblo de Cuenca y sus visitantes.

(Llegamos a la plaza 10:30), la gran palillada no cesaba de sonar.

¡Qué palillada! ¡Enhorabuena!

Nos reunimos todos los romanos y subimos al Dulcinea donde Jesús nos tenía preparada una buena parvedad.

Veinte minutos escasos tuvimos para comer y descansar (ni el cigarro nos dio tiempo a fumar)

Nos vamos.

Empezamos la bajada, "fuera cigarros".

No podíamos ir en formación, había que seguir empujando.

Los turbos seguían incorporándose al paso para bajar.

Al llegar a San Felipe, el gran momento comenzaba para muchos "El Miserere". Éste es otro de los momentos donde te das cuenta de los verdaderos turbos; ese silencio, esas caras e incluso podría decir, esas lágrimas de emoción incontrolable. Y para romper tan profundo silencio los tambores nos vuelven a colocar en la dura tierra en que vivimos.

Tras cruzar la estrecha calle del Peso, terminamos la carrera en Solera donde los romanos nos acuartelamos según orden del centurión.

Comento con mi hermano y Javier:

— ¿Contentos?

— Sí, sin duda alguna. Hemos cumplido con nuestra labor, tranquilo.

Tenemos la conciencia tranquila.

En definitiva, creo que todo salió bien. No ha sido tan duro como el pasado año, ¡qué ojo!, pero hemos logrado nuestro propósito, y es que cada año debemos mejorar.

Ricardo REQUENA